Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo I. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 308-311.

Luis Gil Salguero (1899)

Muchos de los rasgos señalados en su coetáneo Carlos Benvenuto podrían registrarse también en Luis Gil Salguero, otro de los discípulos más fieles (si no más semejantes a su maestro) que suscitó la labor filosófica de Carlos Vaz Ferreira.

Remitiéndonos, así, a lo recién apuntado, márquense con todo, aunque sumariamente, algunas de las diferencias más notorias entre Benvenuto y Gil. En éste, por ejemplo, un dato caracterizador fundamental es la predilección por el aforismo, forma en la que se ha vertido lo más personal de sus escritos. Pero habría que agregar que la vigencia del aforismo no se origina en Gil Salguero tanto en la resistencia (o el desdén) a armar el razonamiento, a coordinar sus afirmaciones como en un cierto irremisible modo de pensar que parece proceder por iluminaciones discontínuas, que parece temer la posible aridez y la artificialidad de 1os intermedios discursivos y la amenazadora, reptante, letal posibilidad de falsificación que ellos arrastran. No sólo Gil ha realizado la fundamentación de su estilo aforístico con variadas autoridades de todos los tiempos (**Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias**, nº 5, junio de 1950), sino que, incluso, mismo a su intento teórico más ambicioso: "**El acto filosófico y descriptibilidad de la Experiencia metafísica**" (1947) lo categoriza como **simples notas** que se acercan, ellas también, al referido modo expresivo. Es claro, sin embargo, que el aforismo que cultiva Gil no es el clásico, no es el "pensamiento" a lo Marco Aurello o a lo Joubert, ceñido y cargado de significación sino al torso, informe, de una reflexión continua, ensimismada, cuya emergencia instantánea se recoge, en el que se busca, deliberadamente, cierta clausura en acordes indefinidos y oscuros, como ciertos "diminuendos" de la música impresionista.

Según se señalaba ya en los casos de Eduardo Dieste, de Oribe, de Benvenuto, la prosa de Gil, leída con las habituales expectativas con que se acerca un lector a tal tipo de expresión (aun en el plano filosófico), es trabajosa. El párrafo abierto, cargado de puntos suspensivos, la acumulación, la eliminación de nexos, de artículos, le acercan con frecuencia al modo de dicción poemática. La unción constante de su tono y urna especie de dulzura honda, grave, trascienden verbalmente lo que puede ser el meollo de la actitud de Gil ante el mundo: un trémulo, místico deslumbramiento ante la hondura, la riqueza, la inagotabilidad de lo real, lo personal, lo vital, lo potencial, lo posible...

Todo lo hasta aquí afirmado se confirma especialmente en sus colecciones, generalmente breves, de "**Escritos**" (1941), "**Aforismos de la libertad: 1931-1937**" y "**Partida noble**", ambas de 1946 y "**Notas en cuadernos de trabajo**" (1950). Otros textos más sistemáticos representan en la obra de Gil (que sin duda ha publicado muchísimo menos que lo que ha elaborado), "**Persona y Destino**" (1937), que subtituló "**ensayo sobre la idea de experiencia indeterminada en Federico Nietzsche**", "**Al margen de la filosofía de Meyerson**" (1946) y el estudio, ya mencionado, sobre el "**Acto filosófico**".

Capítulo aparte hay que hacer también con sus ensayos sobre pensadores americanos: Rodó, cuyo ideario reconstruyó ("I**deario de Rodó"**, 1943), Vaz Ferreira, su maestro, al que dedicó el denso texto juvenil "**Límites de lo humano**" (1933) y sobre el que siempre ha vuelto y (también en reiteradas veces), Whitman, Emerson, Martí y algún otro nombre igualmente capital. Podría observarse a su respecto que Gil se ha concretado sustancialmente en ellos, a confirmar las líneas fundamentales de su sensibilidad, de su pensamiento, a ratificarse y ahondarse en ese confrontamiento con otros. Y si han sido (obsérvese) esos hombres y esas obras las utilizadas es porque, para Gil, es en América en la que se juega, irrevocablemente, el drama de la inserción de la "pureza" en lo histórico, en América, donde la hondura, la ineditez, la infinita germinabilidad de lo real adquiere su máximo esplendor. Y agréguese todavía que situado así, preferentemente en una amplia generalización continental, difícilmente podrán encontrarse en este meditador —al mismo tiempo trascendental y ensimismado— señas concretas de su condición, de su situación, de su situación uruguaya ni problema alguno local, limitado.

Se esboza en lo anterior el enérgico trazo diferencial que —completando el deslinde del principio de esta noticia— ha alejado progresivamente el pensamiento de Gil Salguero respecto al de su coetáneo Benvenuto. De un "humanismo revolucionario" podría rotularse la etapa más madura de la evolución espiritual de Gil. Este humanismo se halla marcado por una acentuada tónica ética, idealista, personalista, por las nociones de **nobleza** y de **pureza**, por la insistencia (al modo martiano) en la **abnegación** y el **sacrificio**. Tal dechado de conducta se imbrica, radicalmente, con las ideas de **incidencia** en la historia y de radicación, de una **vocación histórica y terrestre**, de un deber de enfrentar lo **concreto**. Porque el humanismo revolucionario es el que busca —y logra— **lo sublime en la historia**, la trascendencia en la mendicante, redimible inmanencia, lo infinito en la **finitud profundizadora** que se ha conformado con la **pérdida de lo divino**. Un humanismo heroico, así, vertido en acentos exaltados y profusos, que concibe la libertad como deber y mide, desnudamente, el peligro y la renuncia implícita que importan esa inserción y ese compromiso y sólo tiene confianza en la bondad inmarcesible de los pueblos y en el ejercicio de una razón que inmunice contra toda visión idílica, contra toda ilusión paralizante.

Pero lo sustancial de este humanismo heroico y revolucionario no estaría perfilado si no se apuntara la tácita y constante identificación de los términos de "Revolución" y "Vida", una vida que concibe Gil no en la dirección últimamente biologista de un Figari o un Reyles sino como un exigente plano espiritual, aureolado poéticamente por las notas de fluencia y de apertura, por la capacidad de comunicación con lo desconocido, por el poder de investirlo, darle formas.

Optimista es entonces, pese al matiz ya dicho, el pensamiento revolucionario de Gil Salguero, que no parece contemplar la tan mentada "degradación de la revolución" ni la labilidad infinita de la materia humana que han alumbrado el desenvolvimiento de las técnicas ni las coacciones inhumanas que permiten los nuevos medios de coordinación social ni el omnipresente común denominador de todos los regímenes que es la "sociedad de masas". Aunque Gil puede pensar que cada día trae su afán y cada momento de la historia el desafío que exige una sola, creadora respuesta.

Estos temas, sin duda centrales en la obra de Gil, se encuentran muy fielmente recogidos en el texto elegido aquí, fragmento, de una pieza oratoria leída en el homenaje al dirigente marxista argentino Dr. Emilio Troise y publicada con el título de "**El tema del hombre en la obra de Emilio Troise**" en el volumen "**Emilio Troise: un filósofo de acción**" (Montevideo, 1945).